

Guzmán Carriquiry

Abogado y Subsecretario del Pontificio Consejo para los Laicos.

El texto que sigue corresponde a la exposición realizada en el acto de presentación de su libro *Una apuesta por América Latina* cumplido en el auditorio del Banco Río, Buenos Aires, el 7 de septiembre de 2005, cuya publicación el autor cedió generosamente a la revista *Humanidades*.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

EDICIÓN CONFORME A LA ÚLTIMA CORREGIDA POR LA ACADEMIA ESPAÑOLA

con notas para la buena inteligencia del texto



PROEMIO

En una fase crucial de América Latina

A mí me gusta presentarme como uruguayo, rioplatense, mercosureño, sudamericano, que por imprevisibilidad y desproporción de la Providencia trabaja desde hace 30 años en la Santa Sede, en el centro de la catolicidad. Por todo eso, no puedo aquí sentirme como extranjero. Todo lo contrario. Católico se traduce, por lo general, como universal. No es para nada cosmopolitismo abstracto o globalismo apátrida. Prefiero su traducción etimológica: lo que

abrazo todo lo humano, todo y todos. Incluye, valoriza y da un nuevo horizonte de sentido a nuestras raíces y afectos, a la pasión por la vida y destino de nuestros pueblos latinoamericanos.

La primera edición de este libro fue en México, después fue en San Pablo y ahora, muy revisado y actualizado, en Buenos Aires, o sea en el triángulo decisivo de configuración latinoamericana. Su origen estuvo en el impacto de la media década perdida de América

Latina, entre 1997 y 2002, con epicentro en la tremenda crisis de Argentina (en verdad, incubada desde mucho tiempo atrás). Se hacía cada vez más evidente y urgente que América Latina estaba llamada a repensarse a fondo sobre su propia vocación e identidad, sobre sus paradigmas de desarrollo y sobre su inserción y papel en los nuevos escenarios globales, en una fase de giro histórico, de cambio de época, de impresionantes transformaciones geopolíticas, económicas, tecnológicas, culturales y religiosas.

Estaba claro, por una parte, que el derrumbe del “socialismo real”, el fin de la guerra fría y del mundo bipolar, dejaban muchos cuadros mentales obsoletos. Sociologías de la modernización, teorías de la dependencia, estrategias revolucionarias, teología de la liberación, se demostraban parciales, inadecuadas, dejaban de estar en el orden del día, y sobrevivían como inercias repetitivas y esquemas ideológicos anacrónicos. Por otra parte, se resquebrajaban también los paradigmas del liberalismo vencedor, desde el que grandes poderes eufóricos incubaban nuevamente la utopía de la autorregulación de la economía y la sociedad gracias a la “mano invisible” del mercado, con la ilusión de abrir una época de prosperidad, democracia y paz para todos. ¡Y así estamos! Entre nosotros, lo

sabemos, las recetas del “consenso de Washington” –para decirlo esquemáticamente– pierden fuerza propulsiva desde mediados de la década del noventa, se empantanaban en sus limitaciones y contradicciones, y dejan a economías y sociedades sometidas a altas dosis de vulnerabilidad.

Pues bien, en esas condiciones he querido sólo hacer una contribución más a las reflexiones, debates y propuestas que hay que arriesgar y suscitar por doquier en una fase crucial para América Latina. Sabemos que tenemos que redefinir y procesar sobre la marcha, con pocos márgenes de maniobra y en medio de urgencias incontrolables, renovados paradigmas de desarrollo, que aseguren un crecimiento autosostenido y persistente. Sabemos que se requieren nuevas formas de sinergia entre Estado, mercado y sociedad civil. Sabemos también que urge combatir con determinación la pobreza, incorporando al mercado, al trabajo nacional y a la vida pública a vastos sectores populares excluidos, marginados y empobrecidos, y atacando de raíz la espiral de estridentes y crecientes desigualdades sociales. Necesitamos colocar la educación en el centro del debate público, pues hay que emprender una ingente e integral tarea educativa de las personas, de capacitación y formación a todos los niveles, conscientes que el capital

humano es factor determinante para la convivencia nacional, la modernización tecnológica y el desarrollo laboral, empresarial y social. Sabemos también que necesitamos una inserción virtuosa, desde nuestros propios ideales e intereses, en los dinamismos de la globalización y a través de arduas negociaciones con potencias y mega-mercados, sea con los Estados Unidos como con la Unión Europea, y del desarrollo promisorio de las relaciones “sur-sur” con la China, India, Sudáfrica, etc. En todo esto no me detengo y los remito a la lectura del libro.

Me interesa, en vez, concentrarme en algunas breves reflexiones que me importan especialmente.

Tenía razón Juan Domingo Perón cuando señalaba, como “adelantado”, que la regionalización o continentalización era un paso necesario y conveniente en miras de la mundialización. Kissinger prefiere hablar de la fase histórica de los “Estados continentales” o Estados-continentes”. Primero lo fue Estados Unidos, luego la Unión Soviética (y lo será Rusia dentro de 20 años, si logra recomponerse), está en marcha en la Unión Europea (si zafa de su “torre de babel”), emergen también China y la India. Y se hace promesa y responsabilidad histórica con el Acta fundacional de la Unión Sudamericana, en Cuzco, el 9 de diciembre de 2004. Los

Estados nacionales aislados van quedando al margen de la historia. Si los países europeos, no obstante sus arraigadas tradiciones nacionales y culturales, la acumulación de su desarrollo científico y tecnológico, y el nivel de sus fuerzas productivas, consideran imprescindible su unión, no obstante tantas dificultades, ¿qué tendríamos que decir para nuestros países latinoamericanos mucho más frágiles, vulnerables y con desequilibrios de todo tipo? La integración es una necesidad y una prioridad ineludible, urgente. Esta inscrita en nuestra historia y cultura. No existe otro camino de auténtico progreso en el desarrollo económico, político, social y cultural que el de esa gran ampliación del mercado interno, de acumulación económica, industrial y tecnológica en mayor escala, de incremento de los parámetros de productividad, de enfrentamiento del triste record de ser la región con las mayores desigualdades sociales del mundo entero. No existe otro camino que presentarnos fuertes y unidos, desde nuestra propia identidad cultural e intereses, en los distintos ámbitos de negociaciones multilaterales y en la búsqueda dramática de un nuevo concierto internacional. Solos, dispersos, divididos, no contamos un “bel niente”. A menos que queramos reducirnos a modernizaciones reflejas como segmentos dependientes, marginales y tumul-

tuosos de los grandes poderes y mercados mundiales, acompañados por ciclos periódicos de depresión y violencia. No hay que sumirse en el lamento o la crítica de todo lo que, en verdad, no está funcionando en el Mercosur. Sus impasses y bloqueos son más que graves y notorios. Hay que reconstruirlo política e institucionalmente, promover una concertación macroeconómica y desarrollar los tradings productivos, renegociar pragmáticamente con paciencia y solidaridad los procesos de liberalización comercial, intensificar las relaciones con Chile y la Comunidad Andina, llevar adelante la construcción de anillos energéticos, los corredores bio-oceánicos y otros ejes de comunicación. Fundamental sigue siendo el fortalecimiento de la alianza-eje entre Argentina y Brasil. No ponga el “freno de mano” la Argentina por su debilidad, y el Brasil pase de la retórica de la alianza a una ayuda real y efectiva para la re-industrialización de Argentina. No hay que permitir el desánimo, que algunos fomentan interesadamente. Contemplemos las dificultades enormes que aún encuentra la Unión Europea después de más de 50 años de los Tratados de Roma... Entonces, ante la Europa destruida material y espiritualmente por las devastaciones de la segunda guerra mundial

y en plena era de totalitarismos, Pío XII tuvo la lucidez y valentía profética de apostar por la reconciliación, reconstrucción y unidad de la comunidad europea. La Iglesia Católica es sacramento de comunión y unidad de nuestros pueblos, aunque desgarrados, desde sus orígenes, desde aquella “originalidad histórico-cultural que llamamos América Latina” - escribían los Obispos latino-americanos en Puebla—prohijada en la maternidad de la hermosa señora mestiza de Guadalupe y simbolizada en el Cristo de los Andes y el Sagrado Corazón del Corcovado. La Unión Sudamericana, sobre la base necesaria de más y mejor Mercosur, o mejor dicho, los Estados Unidos de Sudamérica, no son más utopía bolivariana sino gran empresa histórica que comienza a tomar cuerpo en nuestra región y que necesita arraigar en los pueblos. No hay otra alternativa realista, razonable, que no sea servil sino esperanzadora, para el camino histórico de nuestros pueblos en las próximas décadas.

La enorme tarea de reconstrucción después de la crisis, y el afrontamiento de los grandes desafíos y tareas del desarrollo, de la industrialización, de la democratización, de la inclusión social y de la integración, no pueden confiarse sólo a las políticas del Estado ni al mero desarrollo del

mercado. Requieren -y es otro de los puntos que quiero subrayar- una vasta, profunda, intensa educación y movilización de las mejores energías humanas, de las reservas morales, ideales, cristianas, de las personas y los pueblos como factor decisivo de reconstrucción y esperanza. No se reconstruye ni se espera desde el “sálvese quien pueda”, desde los lamentos abatidos, las reivindicaciones exasperadas y tendencialmente violentas, los egoísmos corporativos, los descargos de acusaciones y descalificaciones, los resentimientos acumulados y las dialécticas permanentes y absorbentes de contraposición. Todo eso es nocivo para sanar la memoria, reconstruir la convivencia y sumar energías para un auténtico proyecto nacional y regional. Estado y mercado tienen necesidad de sujetos libres y responsables: personas, familias, las más diversas formas de asociaciones, y movimientos, de modalidades de cooperación y asistencia, en las que se desplieguen energías de laboriosidad y emprendimiento, de sacrificio, solidaridad y esperanza. Hay que partir, pues, de una reconstrucción de la persona y de sus vínculos sociales y políticos. Vale lo de la necesidad de una “comunidad organizada”, en la que predomine una dialéctica de la amistad. Y dentro de esta perspectiva, es claro que los países

latinoamericanos necesitan dirigencias políticas e intelectuales capaces de catalizar y promover grandes convergencias populares, nacionales e ideales, con la fuerza de la credibilidad que da la “firme y serena determinación de operar por el bien común” (como escribía una vez Juan Pablo II). Toda otra cosa son las luchas de facciones, las corporaciones políticas auto-referenciales, en sus pujas de poder que no tienen correspondencia real con el tejido social del pueblo, ni con alternativas de políticas económicas, ni con diversas referencias culturales e ideales.

Por el don de la fe, creo firmemente que Cristo es la piedra angular de toda construcción verdaderamente humana de la persona y la sociedad. Esta confesión de fe es también convicción realista, razonable y esperanzada, hipótesis de investigación que ha guiado la elaboración de mi libro. No aceptar a priori una hipótesis sería irracional, pero es obvio que queda sometida a crítica. Por otra parte, ¿cómo es posible, si no por un a priori ideológico, que haya muchos análisis de la realidad latinoamericana que ponen bajo paréntesis e ignoran la consistencia real de la tradición católica en la vida de nuestros pueblos? Yo no creo que sea posible entre nosotros esa educación y crecimiento en humanidad (de

nuestro capital humano y social), esa implicación y participación popular en convergencias amplias y duraderas en pos de grandes empresas comunes, ni templar fibras humanas de dignidad y libertad, laboriosidad y empresarialidad, fuerte capacidad de sacrificio y solidaridad y una esperanza a toda prueba, si no se da una revitalización/reformulación/resurgimiento de la tradición cristiana, católica, que es sustrato cultural, cimiento de unidad y sabiduría de vida de nuestros pueblos. No es por casualidad que la casi totalidad de encuestas que se han realizado recientemente en varios países latinoamericanos indican que es la Iglesia católica, no obstante todas nuestras deficiencias, la institución que goza de mayor credibilidad, consenso y confianza por parte de los pueblos.

Al menos en eso tuvo razón Samuel Huntington cuando destacó que la ecuación modernización/secularización/descristianización se demostraba muy parcial e inadecuada en nuestra actualidad, mientras emergía la importancia de las dimensiones culturales y religiosas en los distintos ámbitos civilizatorios en tiempos de globalización. El caso de la Europa actual es patente: en envejecimiento demográfico, estancamiento económico, bloqueo político y pantano cultural, por ausencia de un

reconocimiento y reformulación de su identidad, de su vocación y tradición, se muestra incapaz de repensarse a fondo y de asumir el nuevo papel que las circunstancias le reclaman en el orden mundial (aunque la reciente Jornada Mundial de la Juventud con el Papa, en Alemania, sea signo de contradicción y esperanza). El caso opuesto se visualiza con claridad en México, tan dependiente en sus conexiones económicas y comerciales, en su moneda, en su turismo, en sus migraciones, de la vecina potencia global, lo que tendería a llevarlo a una asimilación total, y sin embargo mantiene mucho margen de resistencia y negociación, autonomía y proyección, gracias al arraigo de las raíces de su identidad nacional y de su perfil cultural, sobre todo sostenidas por el catolicismo popular y barroco de sus gentes (también de los hispanos en los Estados Unidos), al punto que Octavio Paz afirmaba que la Virgen de Guadalupe se demostraba mucho más “antiimperialista” que 70 años de encendidos discursos nacionalistas de los “revolucionarios institucionales”.

América Latina es una singularidad en el concierto mundial. Somos culturalmente el extremo occidente, mestizo y empobrecido, de arraigo católico, región emergente y en vías de desarrollo. Nuestras grandes mayorías están bautizadas

en la Iglesia católica y los latinoamericanos llegamos a ser el 50% de los católicos de todo el planeta. Sólo los distraídos, los ingenuos o los tontos no dan peso a los números. No somos ilusos, sino que reconocemos con preocupación que ese patrimonio que define nuestra vocación e identidad está sujeto a fuerte erosión capilar por el descuido y deficiencias de evangelización y formación cristiana, por el impacto de la descristianización inducida por la difusión de la cultura dominante a nivel mundial, por el crecimiento y expansión del “revival” evangélico y pentecostal desde los Estados Unidos (aunque la contraofensiva es la expansión de los hispanos en los Estados Unidos, de imprevisibles consecuencias). Considero nada más importante para América Latina que revivir su tradición desde el acontecimiento siempre sorprendente y lleno de novedad de una Presencia que abraza con amor misericordioso la vida de las personas, que las cambia en su humanidad, en su conciencia y libertad, en su vocación de unidad, en su inteligencia de la realidad, en su pasión por el destino de los prójimos y los pueblos. Por eso, el destino de nuestros pueblos y el destino de la catolicidad están en gran medida entrelazados, al menos para el actual siglo XXI. Si cae en reflujo la tradición católica, si no se procede a un intenso trabajo de

educación y comunicación de la fe, si no se desatan energías misioneras de “nueva evangelización”, y si esa tradición católica no se convierte en alma, inteligencia, fuerza propulsora y unitiva y horizonte de auténtico desarrollo y crecimiento en humanidad, sufren y pierden nuestros pueblos. Y si nuestros pueblos quedan encadenados en situaciones de marginalidad, desigualdad, pobreza y violencia, sufre y pierde la catolicidad. Es importante tenerlo en cuenta cuando se combinan, por una parte, las insidias demoledoras de tendencias culturales de relativismo político y moral, y por otra, la sopa recalentada e indigesta de vulgarizaciones ideológicas ya anacrónicas. Las agresiones al gran patrimonio católico resultan, entre nosotros, anti-populares, anti-nacionales, anti-latinoamericanas. No se confunda esa gran tradición con tradicionalismos ideológicos, reaccionarios y anacrónicos, muy marginales. Se tenga bien en cuenta, sobre todo, que nada de grande, ni de verdaderamente humano se construye con los subproductos culturales decadentes e hiper-individualistas de las sociedades del consumo y el espectáculo ni con verborragias de ideologismo confuso. A nosotros cristianos toca mostrar y demostrar, no obstante nuestras miserias, que Cristo es camino, verdad y vida, respuesta

sobreabundante a los anhelos de verdad, felicidad y justicia del corazón de los hombres y de la cultura de los pueblos, clave de inteligencia de la realidad, respeto por la dignidad de toda persona, pasión por nuestros pueblos, amor preferencial por los más necesitados y sufridos, y piedra

angular para la construcción del destino de las naciones. Todo esto define la enorme responsabilidad que asume la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que se prepara justo a comienzos del actual pontificado de Benedicto XVI. 🍷